

Urriago Benítez, Hernando

Entre el canon y el corpus: Perspectivas de investigación para la crítica del ensayo latinoamericano

**VII Congreso Internacional Orbis Tertius de
Teoría y Crítica Literaria**

18, 19 y 20 de mayo de 2009

CITA SUGERIDA:

Urriago Benítez, H. (2009) *Entre el canon y el corpus: Perspectivas de investigación para la crítica del ensayo latinoamericano [en línea]. VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, 18, 19 y 20 de mayo de 2009, La Plata. En Memoria Académica. Disponible en:*
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3625/ev.3625.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Entre el canon y el *corpus*: perspectivas de investigación para la crítica del ensayo latinoamericano

Hernando Urriago Benítez
Universidad del Valle

Resumen

El propósito de esta ponencia es revisar de qué manera la crítica literaria en América Latina ha construido algunos puntos de acuerdo en cuanto a los procesos de periodización, selección, agrupación y caracterización de autores(-as), obras, temas y estilos, así como re-formular nuevas aristas que permitan pensar una historiografía literaria del ensayo actualizada y con voluntad incluyente. A partir de esto surgen cuatro líneas de investigación en torno a la revisión de las antologías del género, el reconocimiento de la teoría del ensayo dentro de los *corpus* de las teorías literarias, los procesos de hibridación del ensayo y la manera como son erigidos los patrones canónicos de éste en la literatura latinoamericana.

Palabras claves: teoría del ensayo - procesos de canonización - ensayo latinoamericano - crítica literaria

La escasa atención que ha recibido la literatura ensayística [...] sugiere que toda una importante faceta de la historia intelectual de América Latina ha quedado fuera del conocimiento académico.

Mary Louise Pratt

La consideración del lugar del discurso ensayístico en el espacio del conocimiento académico y de los mecanismos que éste postula para construir la historiografía del género, demanda contextualizar el concepto de historia literaria, sobre todo cuando hoy este procedimiento de los estudios literarios ha sido cuestionado y re-configurado, en gran parte desde los aportes de las orientaciones teóricas que ingresan dentro del postestructuralismo. A la vez, situarse frente a la historiografía literaria del ensayo latinoamericano brinda la ocasión para revisar los procesos de periodización, selección, agrupación y caracterización de autores(-as), obras, temas y estilos, lo cual debería conducir a la re-formulación de nuevas aristas que permitan pensar y ejecutar una historiografía literaria del ensayo actualizada y con voluntad incluyente. Al fin y al cabo, según advierte Carmen Elisa Acosta, “[Los historiadores de la literatura] se encuentran ante necesidades como las de construir, reconstruir, configurar o escribir una historia de la literatura universal, nacional, regional o local; decidirse por la elaboración de una historia general o particular, la historia de la crítica, la historia de la poesía o de otros géneros, la historia del canon, la historia social o la historia de la recepción, para enumerar sólo algunas opciones” (Acosta 2005: 288).

A partir del concepto que Hans-Robert Jauss elabora de historia literaria, en el sentido de que ella es “un proceso de recepción y producción estética que se realiza en la actualización de textos literarios por el lector receptor, por el crítico reflexionante y por el propio escritor nuevamente productor” (1975: 168), nos proponemos la construcción de una propuesta que si bien debe reconocer la importancia de la periodización y de la canonización actuales, también debe apuntar a la revisión crítica de aquellos procesos y de sus resultados.

De la misma manera que en Europa y en América la tradición de Michel de Montaigne prolonga su estela eidético-estética mediante las plumas de los epígonos y de otros como Francis Bacon, Gotthold Lessing, Oscar Wilde, Ralph Waldo Emerson,

Charles Baudelaire, Gilbert K. Chesterton y el infaltable Robert Musil, en América Latina habrá igualmente una tradición ensayística cuyo *sensorium* se remonta al siglo XVI. Aunque no está la palabra que nombrará más adelante al género, sí está la voluntad interpretativa ante ese Nuevo Mundo ignoto, extraño, ajeno, que conquistadores y colonizadores intentarán aprehender desde la palabra en el poema épico o en las crónicas de Indias.

Para el caso colombiano, Germán Arciniegas fue quien hizo más énfasis en ello diciendo que el ensayo se ha escrito entre nosotros “desde los primeros encuentros del blanco con el indio, en pleno siglo XVI” (1983: 95). La metáfora que define a América como un ensayo se explica por la eclosión del gran debate que suscitó la aparición de un nuevo continente en la geografía y en el imaginario europeo.¹ Conquistadores, colonizadores, clérigos y mestizos estuvieron trenzados en especulaciones religiosas y espirituales que apuntaban a explicar la experiencia americana, tan llena de selva como de indios de “sospechosa” racionalidad. Arciniegas lo ilustra mejor:

Colón discutía el problema del paraíso terrenal y su ubicación en las tierras que tenía a la vista, sacando a debate textos de la Biblia, de los Santos Padres, de los geógrafos más antiguos. Vespucci provocaba un alegato con los humanistas de Florencia acerca del color de los hombres en relación con los climas, y la posibilidad de que las tierras por debajo de la línea equinoccial fueran habitadas por seres humanos. Fueron estos los primeros ensayos de nuestra literatura. El ensayo, que es la palestra natural para que se discutan estas cosas, con todo lo que hay en este género de incitante, de breve, de audaz, de polémico, de paradójico, de problemático, de avizor, resultó desde el primer día algo que parecía dispuesto sobre medidas para que nosotros nos expresáramos. O para que los europeos se expresaran sobre nosotros (97).

La intuición de Arciniegas cobra más fuerza con Héctor H. Orjuela (2002), quien recientemente publicó la monografía *Primicias del Ensayo en Colombia: El discurso ensayístico colonial*. Orjuela se remonta a los orígenes del ensayo en el Nuevo Mundo —y en lo que después será Colombia— leyendo de una manera innovadora los materiales de los conquistadores y sacerdotes que hicieron posible el nacimiento de la cultura hispánica en nuestro territorio. El primer capítulo de las *Primicias...* da cuenta de los “fundadores” del género, para lo cual Orjuela insiste en un acercamiento hermenéutico y filológico a la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, Gonzalo Jiménez de Quesada y Bernardo de Vargas Machuca, autores del *Sumario de la natural historia de las Indias*, de *El Antijovio* y de la *Refutación de las Casas*, respectivamente. Los siglos XVII y XVIII, continúa Orjuela, implican no sólo la aparición del barroco en estas latitudes, sino también la diversificación de las manifestaciones ensayísticas. El tono del ensayo gana primacía gracias a que es cultivado por los intelectuales más destacados de la época, entre los que cuentan Hernando Domínguez Camargo con su *Invectiva apologética*, Juan de Cueto y Mena con el *Discurso del amor y la muerte*, y la Madre Francisca Josefa de la Concepción del Castillo, autora de los *Afectos espirituales*. Con la inflexión sobre la naturaleza, el ambiente y las riquezas materiales y simbólicas del Nuevo Mundo, estos religiosos y cronistas —en quienes el interés y la curiosidad científica anuncian el talante de la Ilustración— comparten un rasgo generacional basado en el asombro y la innovación que

¹ De la misma opinión es José Luis Martínez, cuando se refiere a los antecedentes del ensayo mexicano: “Pasajes en los que se formulan reflexiones de índole ensayística hay en casi todos nuestros historiadores y cronistas primitivos, y en los humanistas de los siglos XVI y XVIII que estudió Gabriel Méndez Plancarte, particularmente en las obras de Bartolomé de las Casas, Francisco Xavier Clavijero, Andrés Cavo y Pedro José Márquez”. (2001 [1968]: 15)

en sus horizontes de sentido impone América. Son hermeneutas que empiezan a decodificar la fauna, la flora y los matices del Nuevo Mundo, para construir mediante el ejercicio de la escritura una nueva identidad a partir de la “otredad” americana, lugar donde todos los opuestos se encuentran, no para eliminarse sino para vivir en la diferencia: “Se diría que para entonces los escritores sienten la necesidad de inventariar los productos de la tierra y el hábitat de los aborígenes en las diferentes regiones del país e incorporan información de historia natural en crónicas, tratados y ensayos con temas muy diversos” (Orjuela 2002: 83). Nótese cómo una nueva aproximación a los textos producidos en las circunstancias histórico-culturales señaladas por la Conquista y la Colonia en América Latina podría apoyar la discusión sobre la presencia de la “inflexión ensayística” en nuestras tierras un poco antes del surgimiento de Montaigne.

Asimismo, resulta válida la sentencia de Maíz respecto a que el ensayo es la forma de expresión de contenidos críticos en períodos específicos. Y entre nosotros lo será aun más durante el siglo XIX, cuando aparezcan los “desbravadores de la selva y padres del Alfabeto”, como llamó Alfonso Reyes en *Pasado inmediato* a Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Eugenio María de Hostos, Justo Sierra y José Enrique Rodó, autor de *Ariel*, ensayo de interpretación publicado en 1900 y con el cual queda fundado el latinoamericanismo en respuesta a la petición de Martí de crear “trincheras de ideas” frente al panamericanismo-intervencionismo de Estados Unidos.²

Hablamos de una tradición de poetas y prosistas cuyo pensamiento literario queda sentenciado en el ensayo para entablar un diálogo con Europa, así como para generar aquello que Carlos Ripoll llama la “conciencia intelectual de América”. En la línea divisoria del pasado colonial y la independencia frente a España y Estados Unidos podemos ubicar a Simón Bolívar con su *Ensayo sobre las diferencias sociales en América* o “Carta de Jamaica”, a Juan Montalvo con “De la belleza americana”, a Manuel González Prada con “Españoles y Yankees”, y al mismo José Martí de “Nuestra América”. Son poetas y prosistas que entienden el ensayo como tribuna para enarbolar mensajes perentorios con mayor impacto inmediato que el que pudieran lograr la poesía o las obras de ficción (Skirius 1994: 28).

En términos literarios, durante el siglo XIX dominaron en Hispanoamérica dos formas genéricas: la poesía y el ensayo en forma de crítica política, y de reflexiones de carácter histórico y sociológico. El ensayo se convirtió aun más en escenario para la crítica social, política y cultural, y entre sus temas dominantes se cuentan la discusión sobre el pasado colonial, el análisis de la etnicidad, los problemas constitucionales de los Estados nacionales, la crítica a los regímenes políticos, la producción intelectual y la ontología del ser latinoamericano (Cataño 1995: 27). Para nuestros escritores el ensayo funcionó como esa “forma propia de expresión en las reflexiones en torno a una identidad iberoamericana” (Gómez-Martínez 1992: 19), lo cual puede entenderse como la pregunta por la “americanidad”, que define en forma y contenido gran parte de la tradición ensayística continental. En este sentido, como anota Jorge Eliécer Ruiz en el prólogo a la antología de ensayo colombiano que hizo con Juan Gustavo Cobo Borda en 1977, “desde Sarmiento hasta Rodó y Mariátegui, el ensayo no ha podido sustraerse a las solicitudes ni del panfleto, ni de la exultación lírica, ni de la aventura dialéctica. Género proteiforme, su estructura cambiante se amolda a una historia que se hace a saltos, que progresa e involuciona, y en una sociedad en donde la anomía es la ley” (Ruiz y Cobo Borda 1977: 9).

² Véase la introducción de Belén Castro a *Ariel*, en: Rodó, José Enrique (2000). *Ariel*, Madrid, Cátedra, 11-135. Se trata de una de las lecturas más actualizadas de la obra insigne del ensayista uruguayo, a quien Castro examina como un intelectual “francotirador” que fundó, entre otras, la dicotomía Arielismo-Calibanismo que recientemente han abordado Mabel Moraña y Roberto Fernández Retamar.

La proliferación del ensayo en América Hispánica ayudó a configurar un pensamiento hispanoamericano que tenía que expresarse bajo la modelación discursiva literaria, pues al ser el ensayo una expresión de un punto de vista del ensayista en relación con su sociedad y su naturaleza, tiene como función un impacto en el mundo; impacto que consiste en sugerir, meditar y estimular determinado pensamiento sobre la realidad (Gómez-Martínez 1992: 26).

Al menos esto fue lo que la tradición ensayística del siglo XIX latinoamericano legó a la generación de ensayistas subsiguiente. Las “radiografías del siglo XX” que captan los ensayistas recuerdan el concepto de José de Onís respecto al ensayo como “literatura funcional”, en el sentido de que la sustancia discursiva se impone sobre la forma misma del ensayo, dado que su compromiso está ligado a la interpretación de “numerosas y fluctuantes realidades de Hispanoamérica” (Skirius 1994: 19). Aquí cabe mencionar, a manera de un censo que debemos seguir estudiando o redescubriendo, a José Carlos Mariátegui con los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, a Octavio Paz con *El laberinto de la soledad*, a Fernando Ortiz con *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, a Germán Arciniegas con *El continente de siete colores*, a José Lezama Lima con *La expresión americana*, a Gilberto Freyre con *Casa Grande e Senzala*, a Rosario Castellanos con *Mujer que sabe latín*, a Teresa de la Parra con sus tres conferencias sobre la *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana*, y a cuatro nombres que de por sí son un continente ensayístico: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez y Baldomero Sanín Cano.

Tan apretada síntesis deja ver, sin embargo, que la tradición de Montaigne en América Latina y en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX crece en autores, obras y formulaciones diversas sobre el progreso (desarrollo-subdesarrollo), la tecnología, la política, la historia y la crítica de la cultura latinoamericana, la ciudad, la desterritorialización, la función del escritor en nuestras sociedades, la crítica literaria frente a las teorías poéticas atemperadas de Europa en la década del 70, e incluso las hibridaciones —como en el caso de Borges y Cortázar— entre el cuento, la novela y el ensayo. Expresión de este ámbito ensayístico son Ángel Rama, Carlos Fuentes, Ernesto Sábato, Mario Benedetti, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Mario Vargas Llosa, Roberto Fernández Retamar, R. H. Moreno-Durán y Rafael Gutiérrez Girardot, siempre afirmado hasta su muerte en “la tradición del ensayo crítico-literario-cosmopolita”. Y concretamente en Colombia, a riesgo de limitarnos, también es necesario estudiar el registro ensayístico no sólo de Sanín Cano (cimero ensayista, pero considerado erróneamente como el fundador del género en nuestro país), sino de Jorge Gaitán Durán, Hernando Valencia Goelkel, Fernando Charry Lara, Nicolás Gómez Dávila, Hernando Téllez, Jorge Eliécer Ruiz, Carlos Rincón, Germán Espinosa, William Ospina, la desaparecida Monserrat Ordóñez, Luz Mary Giraldo, David Jiménez Panesso, Laura Restrepo, Piedad Bonnet, Carmiña Navia y el fallecido Jaime Alberto Vélez, entre otros. En adelante, pensamos aquí, resulta necesario y pertinente el estudio de esta tradición en el marco de una teoría del ensayo que se detenga en la poética ensayística y analice e interprete los entrecruzamientos discursivos entre la literatura, el pensamiento latinoamericano³ y el contexto de producción y de recepción de dichos textos.

Nuestra propuesta consiste en observar no sólo los caminos seguidos sino también los no andados respecto a la construcción de la historia literaria del ensayo en nuestro contexto. Dentro de los senderos por transitar están, a criterio nuestro, los temas y problemas del discurso ensayístico latinoamericano.

³ Véase al respecto, entre otras, las obras *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, de Andrés Arturo Roig; *Discurso desde la imaginación y la barbarie*, de Leopoldo Zea, o *Manifiesto del pensamiento latinoamericano*, de Darío Botero Uribe.

Las antologías de ensayo

En primer lugar, es necesario estudiar y reevaluar el *corpus* antológico; es decir, **las antologías** hechas hasta hoy de ciertos episodios del ensayo latinoamericano y colombiano, con miras a observar los procedimientos de selección, análisis e interpretación ofrecidos por los antologistas en sus productos. Aunque son mencionadas, es casi evidente que en nuestro ámbito académico desconocemos, entre otras, las antologías *Índice crítico de la literatura latinoamericana: los ensayistas*, de Alberto Zum Felde; *El ensayo: estudios*, de Juan Uribe Echevarría; *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, de John Skirius; *Conciencia intelectual de América*, de Carlos Ripoll; *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, de Robert G. Mead; *El ensayo mexicano moderno*, de José Luis Martínez, y la más reciente, *El estilo es la idea*, de Alberto Paredes; o, para hablar del contexto colombiano, *Ensayistas colombianos*, de Guillermo Hernández de Alba, *Ensayistas colombianos del siglo XX*, de Jorge Eliécer Ruíz y Juan Gustavo Cobo Borda, y *El mausoleo iluminado*, de Óscar Torres Duque.

El maestro Alfonso Reyes dijo que las antologías parecen correr por dos aguas: el decurso íntimo o el libre albedrío del coleccionista, y la vertiente científica o histórica, de cuño objetivo. Para el reconocimiento, la revisión y actualización del *corpus* habrá que tener en cuenta esta dimensión de la antología, pero también –como advierte Torres Duque– problemas como la “legibilidad” o la actualidad y la “representatividad” de los ensayos seleccionables y seleccionados. La revisión del canon debe arrancar por una nueva lectura del *corpus* antológico; ejemplo de dicha apertura es la interpretación planteada en la monografía *Primicias del Ensayo en Colombia: El discurso ensayístico colonial*, de Héctor H. Orjuela. A través de la hermenéutica y la filología, el investigador colombiano funda el primer hito para la escritura de una verdadera historiografía del género en nuestro medio, así como ayuda en gran medida a superar (si no es que supera en verdad) el malentendido histórico-literario en relación con el origen del ensayo en Colombia. Gracias a su innovadora lectura de los textos de los conquistadores, de los cronistas, de los escritores barrocos y de los ilustrados que anunciarían la República en la Nueva Granada, podemos comprender con él, en nuestro contexto, la dimensión ensayística de un discurso que hasta hoy es interpretado desde la perspectiva reduccionista: la que los clasifica en las escuelas literarias de los Cronistas de Indias, de la Colonia y del Barroco, respectivamente, cancelando otras lecturas posibles.

La teoría del ensayo en los estudios literarios

Por esta vía podremos advertir que la cuestión histórica del ensayo latinoamericano reflejada en la construcción de las antologías y de otros modos historiográficos, comparte lugar con la preocupación teórica en torno al género. Los estudios literarios en Colombia han estado ajenos a la discusión de un problema que hoy ofrece serios desarrollos en el contexto iberoamericano. Tenemos investigaciones positivas en crítica literaria, pero desconocemos **la teoría del ensayo**. Es primordial, pues, conocer, entre otras, las aproximaciones teóricas propuestas en los libros *Del ensayo americano*, de Medardo Vitier; *La voluntad de estilo*, de Juan Marichal; *El ensayo hispánico: estudio y antología*, de Pilar Sanjuán; *El problema de la filosofía hispánica*, de Eduardo Nicol; *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, de José Miguel Oviedo; *Teoría del ensayo*, de José Luis Gómez-Martínez y los trabajos del Proyecto Ensayo Hispánico disponibles en Internet; *El*

ensayo, entre la aventura y el orden, de Jaime Alberto Vélez, *Modos del ensayo*, de Alberto Giordano, y *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, de Liliana Weinberg.

En el caso de Colombia, algunos de estos textos, así como los ensayos “Sobre la esencia y forma del ensayo”, de Lukács y “El ensayo como forma”, de Adorno, son objeto de una relativa aproximación en los Seminarios y Talleres de Escritura de Ensayos, pero como en éstos el imprimado lo tiene la producción textual, los aportes teóricos son dejados rápidamente a un lado. En este contexto, hace falta un espacio para la Teoría del Ensayo en el currículo de los estudios literarios en Colombia, donde aún se malentiende que asignaturas como Literatura Colombiana o Literatura Latinoamericana —e incluso Literatura Moderna, si pensamos en la universalidad del discurso ensayístico— corresponden únicamente a la lectura, el análisis y la interpretación de la poesía o la narrativa.

Los procesos de hibridación genérica

En un momento en el cual el estudio de los géneros literarios ha señalado los **procesos de hibridación** entre éstos, resulta pertinente poner en relación el discurso ensayístico con el discurso narrativo, en sus formas de cuento y de novela, principalmente. En la literatura latinoamericana son emblemáticos Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Ernesto Sabato, al igual que muchos prosistas que a la hora de ser estudiados más allá del rótulo “Ensayistas”, figuran apelando a lo que Miguel Gomes llama el “recurso a la ficcionalización”, presente por antonomasia en *Ariel*, de Rodó. Es a partir de esta noción que citamos nuevamente a Gomes cuando nos muestra la relación entre las voces del “poeta”, del “narrador” y del “ensayista”, y cómo intenta aclarar la confusión ficción/no ficción cernida sobre el ensayo:

Lo que interesa aquí destacar es que, a diferencia de este hablante, el narrador o el poeta ficticios no son siquiera tributarios vagos del hombre que los ha concebido en la realidad. Si el “narrador” o “poeta” textual no nos entrega “comunicación”, sino situaciones verbales hipotéticas, “lenguaje imaginario”, en el decir de Félix Martínez-Bonati (p. 80-7), la voz ensayística oblicua o no, mediada o no por una personificación fabulosa, nos entrega ambas cosas a la vez: logra el milagro de conectar “comunicación” y “lenguaje imaginario”. Esto explica por qué con tanta insistencia ha querido definirse confusamente el ensayo como género a medio camino entre literatura y no literatura. Puede haber ensayistas ficticios en los ensayos que adoptan forma de diálogo (homenajeando el antiguo género del coloquio doctrinal); en los ensayos que se presentan como intercambio de correspondencia entre dos o más individuos (el homenaje, de nuevo, se dirige a otro género de la antigüedad: la epístola doctrinal); en los que se hacen pasar por entrevistas o como testimonio de las ideas de un personaje (*Dichos de Luder* de Julio Ramón Ribeyro o *El cuaderno de Blas Coll* de Eugenio Montejo). En todos esos casos, para la atribución de pareceres al autor, ha de contarse con la presencia de la ironía como distancia efectiva entre el hombre y el hablante textual e incluso como inversión del sentido real de lo dicho. (Gomes [sitio de Internet])

Miguel Gomes termina diciendo que este tipo de ensayos “ficticios” requiere de un análisis particular, dado que han sido escritos en una relación de ruptura con el canon del ensayo montaigniano, en el cual un “yo” se dirige a un “tú” en el contexto de la intimidad.

Para decirlo con José Luis Gómez-Martínez, respecto a la hibridación genérica es conveniente estudiar el ensayo en relación con las “formas de expresión afines”, entre las cuales es posible situar no sólo a la novela y el cuento, sino también a la autobiografía, el artículo de crítica y el artículo costumbrista.⁴

El canon y el *corpus*: atención al ensayo de las mujeres

Otro aspecto conduce a lo anotado al comienzo de este tercer apartado respecto a **los procesos de canonización del discurso ensayístico latinoamericano**. Es evidente, como señala Mary Louise Pratt, que

Los cánones son estructuras que se confirman a sí mismas de manera avasallante: se reproducen a través de las prácticas de la lectura y en los aspectos elementales de la experiencia literaria, incluido el horizonte de expectativa, el género literario, el contenido, el lenguaje y el punto de vista. Los lectores cuya formación dependió del consumo exclusivo de textos canónicos casi siempre carecerán de los conocimientos necesarios para valorar la escritura de grupos subordinados o excluidos. No sabrán interpretar los textos, ni disfrutarlos y es muy probable que les parezcan banales o ilegibles tanto en su forma como en su contenido. Para emitir juicios sobre la escritura no canónica, es necesario aprender a leerla. Si por el contrario, este tipo de escritura se juzga con las normas literarias establecidas, se partirá de prejuicios y se acabará por reproducir la misma estructura excluyente que originalmente marginó al texto. Los cánones no son sólo una nómina de obras consagradas, más bien constituyen toda una maquinaria de valores que generan sus propias verdades. (Pratt 2001)

El canon del discurso ensayístico latinoamericano es excepcionalmente ejemplar frente al modelo de canon que Pratt cuestiona. Respecto a la relación entre ensayo y canon, Pratt considera que esa “maquinaria” o “nómina de obras consagradas” es alimentado por dos instancias que poseen el “poder de canonizar”: hablamos de la institución académica y de las antologías. En cuanto a éstas, debemos reconocer la exclusión histórica que han esgrimido sobre el ensayo escrito por las mujeres en Latinoamérica. Hay escasas incursiones por la prosa ensayística de escritoras consagradas como Victoria Ocampo o Elena Poniatowska, pero en general el canon del ensayo latinoamericano ha privilegiado la voz masculina en detrimento de la reflexión de las mujeres sobre América Latina, creándose una especie de canon subalterno al canon hegemónico.

Un paso al frente para abrir el canon o para mirar el “*contracanon*” que llama Pratt, es leer y discutir, entre otros textos, *La mujer*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda; *Influencia de la mujer en la sociedad moderna*, de Mercedes Cabello de Carbonera; *La mujer en la sociedad moderna*, de Soledad Acosta de Samper; *Influencia de la mujer en la formación del alma americana*, de Teresa de la Parra; *La mujer y su expresión*, de Victoria Ocampo; *Hacia la mujer nueva*, de Magda Portal; *Mujer que sabe latín*, de Rosario Castellanos, y otros nombres más recientes como Rosario Ferré, Luisa Valenzuela, Monserrat Ordóñez y Ángeles Mastretta. En última instancia, como escribe Pratt, se trata de

⁴ Gómez-Martínez se ocupa de tres especialmente: “El retrato”, de Ramón Mesonero Romanos; “Las tres tazas”, de José María Vergara y Vergara, y “El lenguaje de las tejas”, de Germán Arciniegas.

[...] aprender a leer las cartas de Bolívar con relación a las cartas en que Manuela Sáenz ejercía la autoridad histórica y política que más tarde se le negó. Las explicaciones sobre Ariel y Calibán, personajes de Rodó y Retamar, deben incorporar a Miranda y a Sycoran. Hay que pensar en el problema que Alicia Moreau y Magda Portal representaron para Mariátegui. Es necesario interrogar los temores de Paz al reducir a las mujeres mexicanas al papel de La Chingada, y preguntarse qué pensaban Elena Garro y Rosario Castellanos al respecto. Desde esta perspectiva analítica, se considera que la escritura hegemónica se constituye como una respuesta a las impugnaciones contrahegemónicas de los subordinados, y a su vez la escritura contrahegemónica debe leerse en relación a los textos hegemónicos. La diferencia es que, al construir un discurso, los escritores hegemónicos no están siempre obligados a nombrar a los Otros (que en este caso son las mujeres) mientras que los subalternos lo tienen que hacer para poder cuestionar, en sus propios términos, a las instituciones de conocimiento. (Pratt 2001)

Sólo una mirada interdisciplinaria del discurso ensayístico, que incorpore gradualmente a su teoría los aportes de la pragmática, de la hermenéutica, de la Teoría Empírica y de la Teoría de los Polisistemas, así como de las llamadas “Teorías sin disciplina” –desde las cuales se discuten asuntos tan caros al ensayo continental: el latinoamericanismo y la poscolonialidad en el contexto de la globalización, por ejemplo–, podrá situarnos frente a la dimensión cultural del género e integrar su discurso al repertorio de nuestros estudios literarios, con miras a la lectura y a la investigación de los textos ensayísticos, al igual que a la construcción de un pensamiento argumentativo y creativo en nuestra comunidad académica.

Bibliografía

Acosta Peñaloza, Carmen Elisa (2003). “Para leer la historia: historias de historias”. *Literatura: Teoría, Historia, Crítica* 5: 288.

Arciniegas, Germán (1983). “Nuestra América es un ensayo”. Larroyo, Francisco y otros. *Filosofía de la historia latinoamericana*, Bogotá, Editorial El Búho.

Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama.

Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (eds.) (1998). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Editorial Porrúa. Edición digital en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro>

Earle, Peter G. (1982). “El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad”. *Revista Iberoamericana* 118/119: 46-57.

Gomes, Miguel. “Montaigne, inventor de la intimidad”. Edición digital en <http://www.editoraperu.com.pe/identidades/49/ensayo.asp>

Gómez-Martínez, José Luis (1992). *Teoría del ensayo*. México, UNAM.

Jauss, Hans-Robert (1975). *La literatura como provocación*, Barcelona, Península.

- Lagos, Ramiro (1991). *Ensayos surgentes e insurgentes. Intravisión literaria de temas hispánicos*, Madrid, Editorial Verbum.
- Martínez, José Luis (2001) [1968]. *El ensayo mexicano moderno I*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Orjuela, Héctor H (2002). *Primicias del Ensayo en Colombia: El discurso ensayístico colonial*, Bogotá, Editorial Guadalupe.
- Pratt, Mary Louise (2001). "No interrumpas": las mujeres y el ensayo latinoamericano". *Debate feminista* 21 / abril. Edición digital en <http://www.laneta.apc.org/cgi-bin/WebX?230@144.Ni0oaSxFub0%5E0@.ee7391e>
- Ripoll, Carlos (comp.) (1974). *Conciencia intelectual de América. Antología del Ensayo Hispanoamericano*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons Editores.
- Rodó, José Enrique. *Ariel* [Edición de Belén Castro]. Madrid, Cátedra, 2000.
- Rodríguez Monegal, Emir (1949). "Pedro Henríquez Ureña y la cultura hispano-americana". *Número Primera época* / 2: 145-151.
- Ruiz, Jorge Eliécer y Juan Gustavo Cobo Borda (1977). *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá, Colcultura.
- Torres Duque, Óscar (comp.) (1998). *El mausoleo iluminado: antología del ensayo en Colombia*. Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia.
- Said, Edward W. (2004). *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Editorial Debate.
- Vélez, Jaime Alberto (2000). *El ensayo, entre la aventura y el orden*. Bogotá, Taurus.
- Villanueva, Darío (1994). "Pluralismo crítico y recepción literaria". *Avances en teoría de la literatura*. Santiago de Compostela, Ediciones Universidade Santiago de Compostela.
- Weinberg, Liliana (2001). *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México, UNAM-Fondo de Cultura Económica.